

El escultor melillense nos abre su estudio y narra sus vivencias

Mustafa Arruf, el reto por llegar

Me recibió una tarde de febrero en su estudio taller de la calle Donantes de Sangre, una habitación amplia donde se encuentran ubicados muchos de los modelos que después fueron, o serán, esculturas.

Prensa Malagueña, la editora del Diario Sur de Málaga –que hace unos meses le concedió la distinción de Melillense del año– le ha encargado tres esculturas con el rostro del pintor y escultor malagueño Pablo Picasso, en tres épocas de su vida, joven, adulto y anciano, para ser colocadas en la Plaza de la Merced de Málaga, donde se halla la casa natal del genio.

En base a fotografías, escasas a medida que disminuye la edad de Picasso, y autorretratos que realizó éste, Mustafa tiene que superar el escollo de las tres dimensiones para configurar una obra en bronce que tendrá dos metros y medio de altura, desde la barbilla –donde descansará a ras de la acera– a la frente. Una cabeza impresionante, en las tres etapas de la vida del pintor, que provocará que el transeúnte tenga que elevar la vista para contemplar la reproducción de los ojos del genial artista. Como complemento, cada pieza llevará escrito un pensamiento del ilustre melillense Fernando Arrabal.

En el momento de la entrevista Arruf se encontraba trabajando en la escultura del Picasso joven, con la que llevaba entonces más de cuarenta días, no acababa de sentirse conforme con el remate final de la zona posterior, la cerviz, de la que sale la tradicional extensión curva que acaba en filo y que confiere a sus obras un estilo peculiar, su sello. Entre los otros proyectos que tiene entre sus manos me destaca los bocetos de unas esculturas que le han solicitado para el complejo turístico de Saidia, "son formas que van en un orden con la naturaleza", en la búsqueda de una armonía como la que encontró Chillida en la costa de Donosti. En estos momentos está pendiente de que se aprueben, serán dos piezas de grandes dimensiones, una de 10 metros altura y la otra de cuatro por seis de ancho.

También me cuenta que en estos días ha acabado una escultura de homenaje al desaparecido melillense César Jiménez, director y actor teatral que fue alma de la Agrupación Artística Tallaví. Encima de un tablero tiene una copia reducida en cera en la que se puede contemplar a César sentado, con el brazo abierto, como posado en el respaldo de un banco de calle. Así, de esta forma irá la escultura definitiva que tendrá dimensiones un poco superiores al tamaño de una persona normal para realzar la figura de la persona que conmemora. Una pieza que le ha dado trabajo extra porque, una vez fundida, detectó errores en una mano y en



Mustafa Arruf con su último trabajo, la cabeza de Picasso en edad juvenil

J.L. Abad

un pie y tuvo que rehacerlos hasta que encontró la disposición exacta. Ahora se encuentra en Madrid, a la espera de la fundición definitiva. Mustafa confía que agradecerá a los melillenses ya que convivirán con ella en un futuro próximo, debido a que se ubicará en el cruce de la Avenida Juan Carlos I con General Chacel.

Hasta aquí el somero repaso a la actualidad productiva del escultor melillense que nos sirve para acercarnos a él y romper el hielo. Un punto de partida para, a continuación, conocer cuál ha sido su trayectoria.

Casualidad

Mustafa siempre ha vivido en el Barrio Hebreo, en la calle Jerusalén, hijo de militar (con 31 años de servicio en Regulares), es el quinto de siete hermanos.

Lleva desde los catorce años dedicado a la escultura y comenta que llegó a ella porque le "costaba trabajo estudiar", no le interesaban los estudios –quizás por la rigidez del sistema educativo– y prefería la calle. Cuando terminó el graduado escolar, sus profesores le comentaron al padre que tenía "buena mano" y se encontraba "cómodo dibujando". Como la Escuela de Artes Aplicadas estaba cerca de su casa, en el antiguo Hospital Indígena, (hoy colegio público Mediterráneo), la decisión fue fácil y ahí

cursó sus estudios hasta el final. Cinco años que, comenta, supusieron la mejor época de su vida y así lo explica: "era un centro muy bohemio, había muy poca gente y ésta era buena, estudiosa, y le gustaba mucho el arte". Dice que allí apreció la diferencia con el sistema tradicional de educación porque los profesores eran amigos y recuerda de ellos la comprensión y solidaridad en contraposición a la rigidez tradicional. Había relajación con respecto a las normas educativas, "era mucho más humano y con cierto nivel intelectual".

Destaca que en la Escuela de Artes conoció al profesor Miguel Delgado, un gran pintor, quien le dijo "Mustafa tu sirves como escultor, puedes llegar". Esa frase tuvo que marcarle porque, cuando la recuerda, se le nota algo especial en el rostro y muestra una cierta satisfacción. Me cuenta que esa frase vino motivada porque modeló unas cerezas en bajo relieve de barro que llamaron la atención de Delgado, "esa palabra, no sé... lo que nunca había escuchado en nadie... todo eran bofetadas... ya ves, yo que me había criado en el Barrio Hebreo..." y, a modo de explicación, me cuenta que cuando bajaban en pandilla al centro de la ciudad, "sucios, porque yo era un golfo también", la Policía, rápidamente, les pedía la documentación, "primero te metían y después te preguntaban, te subían al barrio y te decían: como te ve

abajo, te meto...". Me asegura que cuando transitaba con sus amigos por el centro de la ciudad tenía miedo, incluso cuando iba a la playa, a pesar de que obtuvo el carné de identidad sin ningún problema a la edad adecuada. Deja caer algunas frases sobre lo pobremente que iban vestidos; parece que rememora en su mente los tiempos de pandilla y, convencido, dice que si el centro educativo hubiera estado en otro lugar diferente al Barrio Hebreo, posiblemente, nunca se hubiera dedicado a la escultura, se hubiera "perdido" porque no tenía información de que existían las artes plásticas.

De los primeros tiempos con el barro, además de a Delgado, recuerda a José Luis Navarro, quien le animó mucho para que se dedicara a la escultura.

Ya en esos años consigue el primer premio de escultura en la ciudad y un segundo premio nacional en un certamen que se celebra en Castellón, al que llega a través de una selección que efectúa el Ministerio de Cultura.

Después vendría el salto a Granada, a mediados de los ochenta, para matricularse en Bellas Artes y "buscarse la vida" trabajando en varios oficios para mantenerse porque no había recursos en la familia. No se conforma y en pocos meses decide emprender camino hacia Alemania. Quería conocer el "mundo de la escultura". Allí,

además de trabajar de nuevo en varios oficios, sobre todo en hostelería, consigue colaborar con una escultora. Varias galerías le hacen encargos al ver fotografías de sus obras pero tiene dificultades para conseguir materiales...

Un año después, en 1986, vuelve a Melilla y seis meses de estancia aquí le sirven para preparar dos decenas de piezas que envió a Frankfurt para ser expuestas en una galería. Gracias a la indicación de un amigo, vuelve a exponer la muestra en la Casa de España de esa ciudad y consigue vender varias obras. Nuevos recursos que le sirven para cubrir parte del coste mientras sigue trabajando en la hostelería.

El oficio en Holanda

Otra vez decide cambiar de aires y se desplaza a Holanda donde un amigo portugués, Ricardo, de profesión marmolista, le recomienda a una empresa dedicada a la talla del mármol para cementerios y restauración de fachadas de edificios antiguos. El primer trabajo que le encargaron, un ángel en posición de rodillas con las alas hacia arriba, de unos setenta centímetros, que tuvo que obtener en una sola pieza de un bloque de piedra, constituyó un reto que tuvo que afrontar en menos de veinte días. Comenta que entonces se sintió un verdadero profesional de la talla al afrontar un trabajo de